

## **EL EDIFICIO DE LA COMPAÑÍA TELEFÓNICA EN MADRID**

### **IGNACIO DE CÁRDENAS Y EL DEPARTAMENTO DE EDIFICIOS**

Ignacio de Cárdenas, el que sería autor del edificio de la Telefónica en la Gran Vía, pertenecía a la llamada generación de 1925, de la que arranca nuestro «movimiento moderno» en arquitectura. Cárdenas había nacido en el crítico año de 1898 y en el no menos significativo de 1914 comenzó sus estudios de arquitectura en la Escuela de Madrid. Allí obtuvo el título en 1924, siendo entonces director de la misma don Modesto López Otero, que era a su vez catedrático de la asignatura de Proyectos<sup>1</sup>. Según declaración del propio Cárdenas: «Acababa yo de terminar en junio la carrera y por una serie de circunstancias me ofrecieron el cargo de arquitecto de la nueva compañía. Se me informó que yo haría los proyectos de cuantos edificios levantase la compañía, a excepción de tres: el de Madrid (cuyo anteproyecto saldría a concurso) y los de Barcelona y Sevilla, que por estar cercana la apertura de sus Exposiciones, se encargarían a arquitectos de estas ciudades. Todo ello buscando la mayor propaganda de la compañía»<sup>2</sup>.

Fue de aquel modo tan sencillo como Cárdenas entró a trabajar en la Compañía Telefónica, si bien hemos podido conocer cuáles fueron las circunstancias que llevaron a aquélla a contratar a un arquitecto

recién salido de la Escuela, sin experiencia alguna, para ocupar un cargo de tanta responsabilidad. Bien pudiera ser que la misma juventud de Cárdenas les interesara sobre la hipotética madurez de otro colega más experimentado, por cuanto que la compañía buscó siempre una imagen que hoy diríamos joven y dinámica en aquellos momentos iniciales, más fácil contagiar a un recién graduado que a un hombre con determinada experiencia. Por otra parte, la presumible responsabilidad de Cárdenas, que más adelante parece que fue total en orden a las construcciones de la compañía, en los primeros momentos se diluía en una auténtica oficina técnica que se llamó Departamento de Edificios. Dicho departamento, como los demás que componían el organigrama de la empresa, sean los de Ingeniería, Construcciones y Conservación, Compras, etc. estaban dirigidos por ingenieros extranjeros y personal vario de la I.T.T. como Caldwell, Walker y Chair, por no citar sino los jefes de los departamentos mencionados. Del mismo modo el Departamento de Edificios contó con un director norteamericano llamado Aldrich Durant, con quien entró Cárdenas a trabajar. Ahora bien, este alto personal cualificado dejó nuestro país hacia 1927, enviado por la I.T.T. a otros lugares en los que se repitió la experiencia española. En ocasiones les sustituyeron aquí otros miembros de la empresa neoyorquina, pero también hubo ingenieros españoles entre los que reemplazaron a aquéllos. Así, en el Departamento de Edificios, fue Cárdenas quien vino a sustituir a Durant.

### **GÉNESIS DEL PROYECTO: MODELOS Y DIBUJOS**

Al preguntarnos cómo surgió este insólito edificio en nuestra ciudad, resulta enormemente esclarecedor, una vez más, lo que nos dejó escrito Cárdenas sobre este punto: «Entonces, el Duque de Alba, que presidía el Consejo de Administración de Standard Eléctrica (compañía filial, también, de I.T.T.), recomendó se encargase el trabajo —el anteproyecto del nuevo

edificio— a don Juan Moya, profesor de la Escuela de Arquitectura de Madrid, arquitecto del Palacio Real y que recientemente tuvo un gran éxito por su reforma de la iglesia de San José y su anejo La Casa del Cura en un puro estilo barroco madrileño. El señor Moya puso por condición el que yo colaborase con él en el anteproyecto, gesto de compañerismo acrecentado al ofrecerme la mitad del importe de los honorarios a percibir. Piénsese en las diferencias que había entre los dos arquitectos. Moya, académico, en plena fama, que había sido unos años antes mi querido profesor, y yo, un arquitecto jovencísimo, sin experiencia alguna y que no se consideraba capaz de oponerse a cuanto el señor Moya le propusiera. Y empezamos a dibujar croquis con gran rapidez. Él en su estudio del Palacio Real (en la Plaza de la Armería), y yo en mi despacho de la Telefónica<sup>3</sup>. Como la Telefónica quería que hiciésemos algo muy español, naturalmente nos inclinamos al Barroco de Madrid. Moya gozando con hacer otra vez algo muy barroco; yo aguantando mis aficiones a lo que entonces comenzaba a abrirse paso, al estilo moderno que se llamaba entonces “cubista”, harto de tanto estilo Renacimiento español. Moya se lanzó a proyectar una fachada a la Gran Vía que cuajó en toda su altura de decoración barroca. Cada ventana estaba encuadrada por pilastras y frontones, hojarasca retorcida, conchas y no sé si angelotes que sostenían cada jamba. Algo de locura. Y la portada que llegaba hasta el piso tercero o cuarto recordando por su epiléptica decoración a la del Hospicio madrileño, pero en peor.

»Iba yo comunicando al señor Moya que los jefes de la Telefónica deseaban se hiciese algo más sencillo, menos atormentado, y el bueno de don Juan, a regañadientes, borraba un poquito, pero dejando siempre la profusión ornamental de su primera idea. Hasta que harto ya de tanta rectificación, se enfadó un día y presentó su renuncia sin querer cobrar ni un céntimo por el trabajo hecho y sin conseguir yo que lo siguiese. *Entonces la Compañía decidió que fuera yo el autor del proyecto de este edificio*»<sup>4</sup>.

Termina así un primer tiempo en la génesis del proyecto sobre el que merece la pena reflexionar, pues si bien es cierto que la disparatada idea de Moya de un rascacielos barroco, con la exuberancia ornamental de la arquitectura madrileña de 1700, no se llegó a ejecutar, no es menos cierto que en el proyecto definitivo tal y como hoy podemos ver hay un cálido recuerdo hacia Pedro de Ribera, probablemente exigido por la propia compañía coherente con aquel espíritu de encarnar sus edificios en las tradiciones de la arquitectura local. En efecto, si Cárdenas censuraba una portada que «llegaba hasta el piso tercero ó cuarto», hoy podemos ver dicha portada llegando a la planta tercera, si bien observaremos que a ésta hay que sumar la planta baja, lo cual equivale a decir que el remate de la portada principal se halla muy cerca de lo ideado por Moya, esto es, en la planta cuarta. Al mismo tiempo Cárdenas, que criticaba negativamente aquel jugoso barroco madrileño, hubo de diseñar una portada dentro del más exigente patrón del setecientos, posiblemente muy a pesar suyo por sentirse él más «cubista», tal y como lo demostraría en Bilbao, pero que aquí debió de plegarse a las exigencias de la compañía, de tal modo que ésta pudiera considerar su edificio como «una espléndida adición a la magnificencia arquitectónica de la metrópoli española..., cuya puerta será un rico ejemplar del estilo barroco predominante en el siglo XVII, del que hay muestras parecidas en algunas de las viejas calles madrileñas»<sup>5</sup>.

El segundo paso en la definición del proyecto se produce cuando Cárdenas es enviado a Nueva York porque «los americanos estaban en la idea de que en España estábamos atrasadísimos en todo lo relacionado con la arquitectura moderna», y allí podría ponerse al corriente de mano del arquitecto de la I.T.T. Éste era en Nueva York Mr. Louis S. Weeks, que «me acogió muy cordialmente. Había estudiado en París, en Beaux Arts, y en francés nos entendíamos. Empezamos a dibujar juntos un anteproyecto, acompañándome en las visitas a toda clase de obras, y si de muchas cosas me asombré, en cambio vi palpable-

mente que en América no tenían ni idea de Europa, de España, llegándome a preguntar en una gran compañía constructora si conocíamos las vigas laminadas de hierro.

»Los edificios de entonces, los rascacielos, habían dejado de hacerse en pseudo estilo gótico y se inclinaban a una mezcolanza de italiano, del Renacimiento, y lo español, lo colonial, de un andalucismo muy folklórico. Tuve que luchar porque no cayese Weeks en las mismas extravagancias que don Juan Moya, y acepté sin embargo que las fachadas siguiesen las normas vigentes en aquellos años en cuanto a alturas y retranqueos a medida que ésta —la altura— aumentaba, formando los llamados *set backs*. Como se nos había impuesto la erudición de adoptar en las fachadas un clásico estilo español (que en el primer momento me disgustó por ser yo de una generación de arquitectos que terminábamos la carrera después de años y años de estilo *renacimiento español*), advirtiéndome, en Madrid el señor Behn, que tenía que proyectar un edificio *que halagase al posible comprador de acciones*, es decir, a la masa burguesa y conservadora, se fueron haciendo croquis de la fachada principal procurando yo convencer a Weeks de lo absurdo de repartir por toda ella, en toda su altura, los escudos de las provincias españolas, algo que recordase a la Casa de las Conchas de Salamanca, que le había impresionado enormemente. Al fin terminamos un croquis del anteproyecto, esperando que más adelante al hacer yo, en Madrid, el proyecto definitivo, lo haría más a mi gusto»<sup>6</sup>.

Aquí debemos hacer otra pausa, ya que el viaje de Cárdenas a Nueva York señala un segundo momento, sin duda menos enriquecedor de lo que cabía esperar, ya que huyendo de un rascacielos barroco venía con otro plateresquista, con escudos repartidos a tresbolillo por la fachada, tal y como llegó incluso a presentarse en el Ayuntamiento a la hora de solicitar la correspondiente licencia de construcción. No obstante, la experiencia americana le permitiría, sin duda, a Cárdenas familiarizarse con un tipo de edi-

cios cuya esencia estaba más allá del «estilo», y esto es lo que importa.

Con aquel espíritu Cárdenas organizó su estudio en Madrid, al que incorporó a otros arquitectos de su edad como Arrillaga, Manuel Aníbal Álvarez, Santiago de la Mora, Durán de Cotes y Feduchi, los cuales «me ayudaron muy eficazmente a hacer el proyecto definitivo, bajo mi exclusiva dirección, como también lo hicieron el escultor Rafael Vela y hasta el pintor Hidalgo de Caviedes. Tan poco se parecía el proyecto definitivo al anteproyecto de Nueva York, que en una visita que hizo Weeks a Madrid reflejó su cara la contrariedad que le produjo por el poco caso que hice de sus ideas luminosas»<sup>7</sup>. Cárdenas hizo un primer modelo, a escala, del edificio en el que ya se fijó la ordenación general de volúmenes e incluso donde, presumo, que se conservaba algo de lo requerido por Weeks, como por ejemplo el considerar la planta baja y piso 1 como un basamento general de potente textura, traducido por un recio y abultado almohadillado a la italiana que afectaría al paramento general incluyendo las pilastras, como se venía haciendo en tantos rascacielos norteamericanos. Asimismo, sobre las plantas séptima y décimo primera, esto es, donde se producen los movimientos de retranqueo, ostenta dicho modelo juegos de cornisas de un relieve excesivo, que resulta ingrato, al igual que sucede con el diseño de pináculos y remates en general. Son precisamente estos aspectos señalados los que mejorarían en el segundo modelo al desaparecer o ser tratados con un criterio menos historicista y más acorde con la concepción general del edificio, donde el carácter tirante de los planos de las fachadas contribuye muy eficazmente a la valoración de sus volúmenes. Contemplando el modelo definitivo de la Telefónica podemos gozar de algo que en realidad ha perdido el edificio al ubicarse entre dos calles muy estrechas, Valverde y Fuencarral. Me refiero al perfil del edificio y por tanto al fondo y fachadas laterales concebidas para un trazado urbano más generoso, como pueda ser el

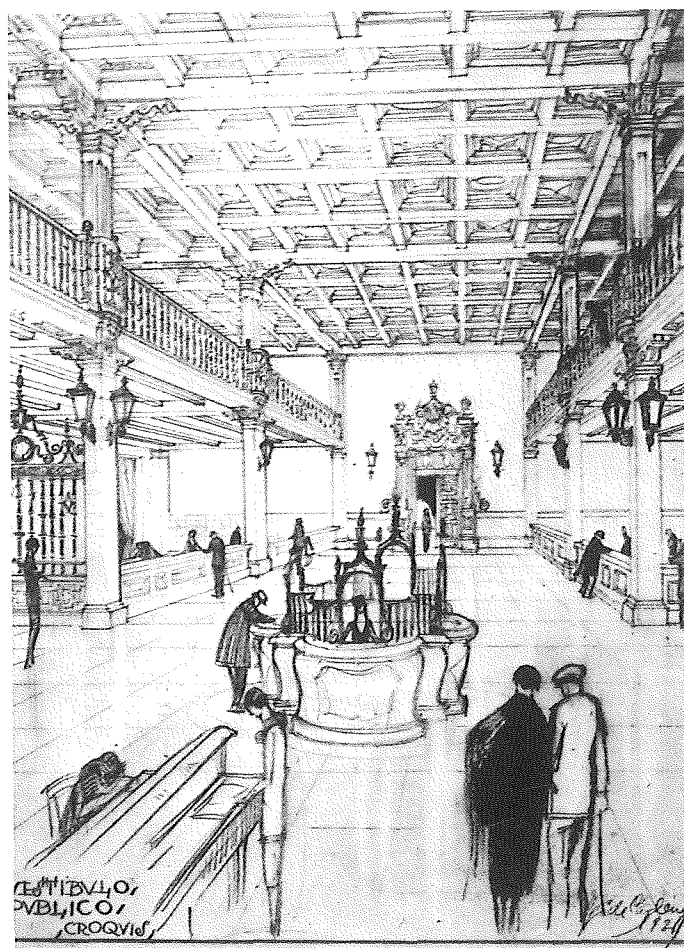
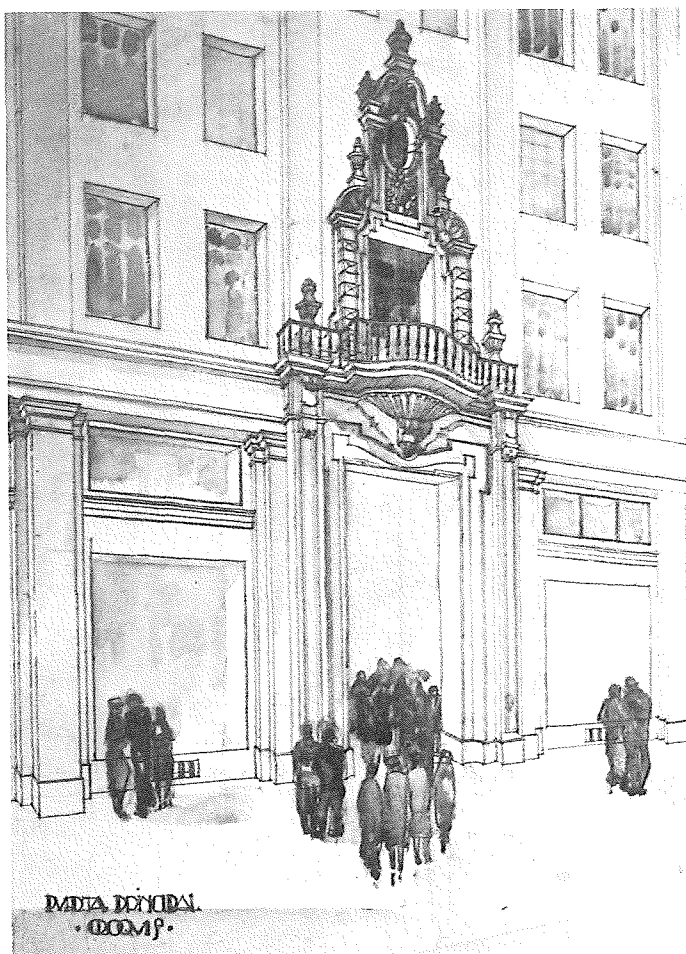
neoyorquino, que para insertarse en la estrecha red viaria del Madrid de los Austrias. El Edificio de la Telefónica, en efecto, define su imagen urbana en relación con la Gran Vía y en función de su fachada principal, pero nada sabemos de las fachadas de flanco, nada desdeñables, y muy especialmente la de Valverde, donde su longitud es mayor que la principal, llegando a contar con dieciocho ejes de huecos, en una dignísima composición fuertemente equilibrada en torno al eje principal que se acusa desde la planta baja hasta el remate alto. Es justamente esta fachada, a mi juicio, la más neoyorquina y, por qué no decirlo, la más afortunada del proyecto. Al ser menor la línea de fachada de la calle Fuencarral, no llegó ésta a alcanzar el sentido de masa y potencia de la fachada a Valverde. En este segundo modelo que comentamos, además de haberse alterado el basamento general del edificio en favor de un sobrio aunque monumental apilastrado toscano, de haber restado bulto al vuelo de cornisas y modificado los remates, se produjo también una mejora sustancial en el cuerpo torreado principal que alberga el depósito de agua. Por otro lado se introdujo la novedad, no ejecutada finalmente, de incorporar los escudos de las provincias españolas en relieve cerámico sobre la planta séptima en las fachadas laterales. Después se optó, como veremos, por trasladarlos a la fachada principal, entre las ventanas de los pisos octavo y décimo primero, si bien tampoco se llevaron a efecto, relegando dichos escudos a los medios puntos que forman las cornisas sobre la planta séptima, ejecutados en piedra, tal y como hoy podemos verlos.

Desgraciadamente no han llegado a nuestras manos los dibujos primeros que, con carácter de croquis, hiciera Cárdenas. Tan sólo algunas fotografías de éstos, ejecutados en junio de 1926, nos permiten ver la soltura fresca y la hábil mano de nuestro arquitecto, preocupado de señalar la escala introduciendo grupos y figuras aisladas ante la puerta principal del edificio o acudiendo a los mostradores en el gran vestíbulo público. Se trata de dibujos de gran belleza por su

técnica y color, muy efectistas, introduciendo amplias visiones en perspectiva que anticipan el resultado final en el deseo de convencer al cliente, en este caso al Consejo de Administración. Si bien estos croquis coinciden en su práctica totalidad con lo ejecutado, se produjeron también pequeñas modificaciones accesorias como fue la eliminación del servicio de información aislado en el centro del vestíbulo público, la supresión de rejas y farolas, así como otros detalles de menor importancia.

Además de los modelos ya citados y de los croquis «artísticos», conservamos, y éstos en gran número, plantas y alzados generales del edificio, al igual que diseños de detalle, con vistas a su construcción. Se trata de dibujos de índole «técnica», enormemente sobrios de línea, donde lo que importa son las acotaciones, los encuentros, el despiece, etc., es decir, dibujos de delineante, dibujos de ejecución, algunos de gran belleza por su complejidad como son los que corresponden a la numeración y distribución de las piezas de cantería del cuerpo bajo del edificio. Todos estos dibujos suman varios centenares, presumiendo la existencia de otros muchos que se desligaron del grupo principal que hoy se custodia en el Departamento de Delineación. Creo que dentro de ellos puede establecerse una triple distinción. Por una parte encontramos aquellos que se refieren al esqueleto estructural del edificio y que se analizan en un apéndice aparte. Son los que recogen la estructura metálica y que fueron objeto de constante vigilancia por parte de la I.T.T. de Nueva York, a juzgar por las muchas anotaciones que en ellos aparecen. Así, por ejemplo, el plano número 514, referente a la «estructura de acero de la azotea y casetas sobre los ascensores» y fechado en julio de 1926, fue objeto de cinco revisiones: la primera redactada en inglés el 12 de agosto de 1926 y la segunda, también en inglés, dos semanas después. La tercera fue revisada «según carta de Nueva York» el 21 de diciembre de aquel año, alterando unas vigas. Una quinta revisión, siempre del mismo plano 514, se llevó a cabo en julio de





En pág. 29, perspectiva de Ignacio Cárdenas del segundo modelo de proyecto para la Telefónica, finalmente construido.

En pág. 30, croquis de Cárdenas para la puerta principal y vestíbulo del edificio.

En pág. 32 y 33, detalles varios del proceso de su construcción.

1927 para cambiar el hueco de escalera de la torre después de haber alterado un mes antes otra serie de vigas entre columnas, «según cable de Nueva York». Si esto se multiplica en función de los muchos planos de estructura conservados, podremos tener una idea aproximada de la complejidad de este proceso que, sin embargo, nunca llegó a paralizar ni detener el formidable ritmo de construcción.

Con los planos de la parte arquitectónica propiamente dicha del edificio puede hacerse un segundo apartado. Muchos de ellos, los fundamentales, firmados por el propio Cárdenas sin que exista la menor huella de una posible intervención de Weeks o de Nueva York. Son los planos que, junto a los croquis citados, garantizan la paternidad arquitectónica del edificio, cuya autoría no puede ya ponerse en duda. Las plantas, alzados y secciones permiten acercarnos a este proceso de composición arquitectónica plena de sentido común y modernidad, buscando siempre una planta libre y diáfana que, ulteriormente, permita no sólo acondicionar los equipos, sino la más compleja distribución de despachos y oficinas.

Finalmente hemos de añadir un tercer grupo de diseños ornamentales de detalle de acabado, sean capiteles, techos, puertas, molduración en general y una amplia labor de rejería, que responden a la colaboración ya mencionada del escultor Rafael Vela y, muy especialmente, a la del pintor Hidalgo de Caviedes, quien firma entre otros dibujos los de los mostradores de la Sala de Conferencias, algunos capiteles, muebles y todas las rejas del edificio. Éstos ofrecen una peculiar mezcla de elementos tradicionales de estilo español con otros de origen rococó francés, buscando una integración con la arquitectura que, a mi juicio, no siempre se produce.

Parte importante de este proyecto, que entrañaba una evidente complejidad dado el volumen y altura del edificio, fue todo lo referente a las instalaciones, especialmente calefacción e «inodoros», proyectadas por la firma norteamericana de Clark MacMullen and Riley,

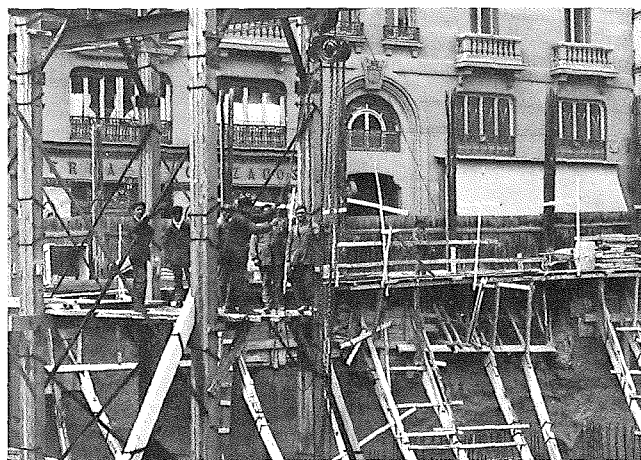
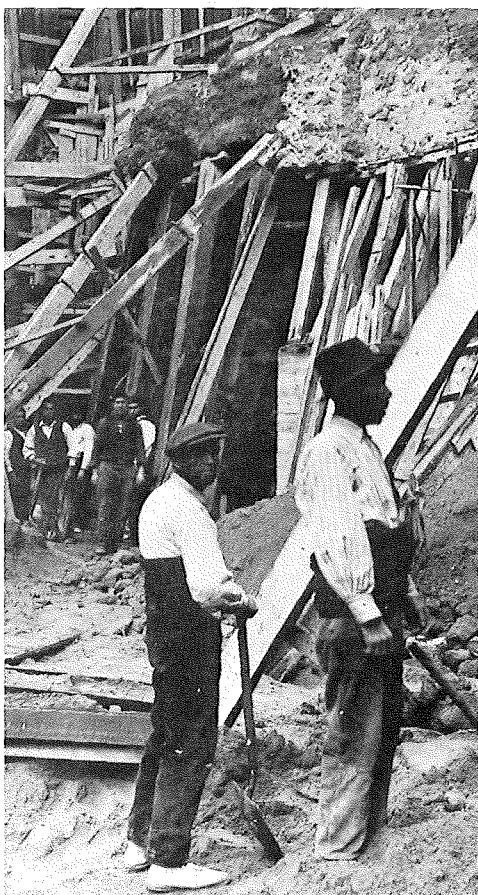
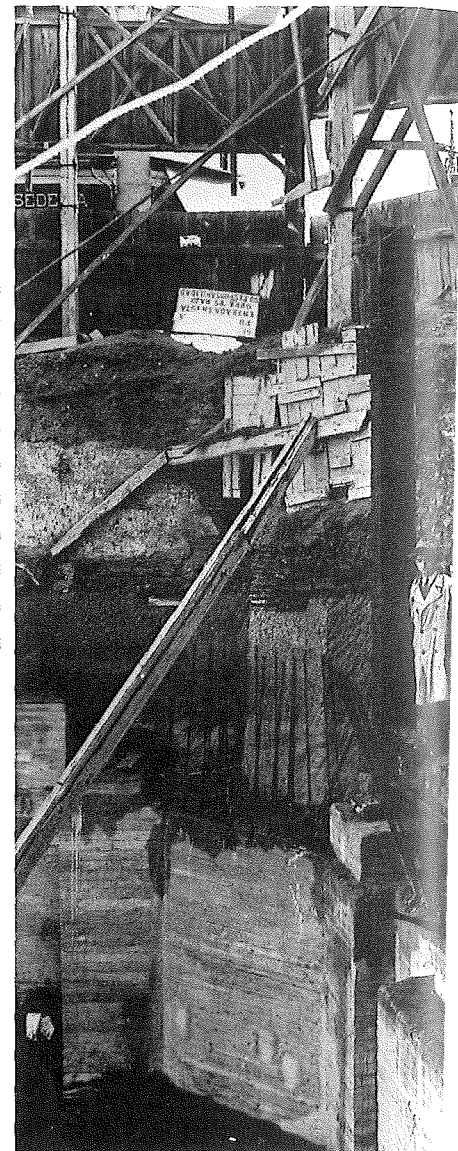
con oficinas en Nueva York y Cleveland. Este proyecto cuenta igualmente con un grupo importante y preciso de planos de dichas instalaciones<sup>8</sup> que, por su carácter excesivamente técnico, no se reproduce aquí, pero sí diremos que con él se relaciona el gran depósito de agua que alberga la torre de la Telefónica, alimentado por una bomba, ya que la presión del abastecimiento ordinario de agua no alcanzaba esta altura, desde la cual se asegura la alimentación de los servicios.

Digamos para terminar que todos los planos de estructura del edificio están terminados en agosto de 1926, si bien durante el proceso, como ya se ha dicho, fueron revisados y modificados parcialmente algunos de ellos. En aquella fecha, naturalmente, se hallaban terminados los alzados y plantas del edificio, si bien los detalles de cantería se definirían entre enero y febrero de 1927. Durante el año 1928 se trabajó en el detalle de acabado del vestíbulo y despachos principales de la planta novena, no habiendo encontrado planos ni dibujos posteriores a esta fecha.

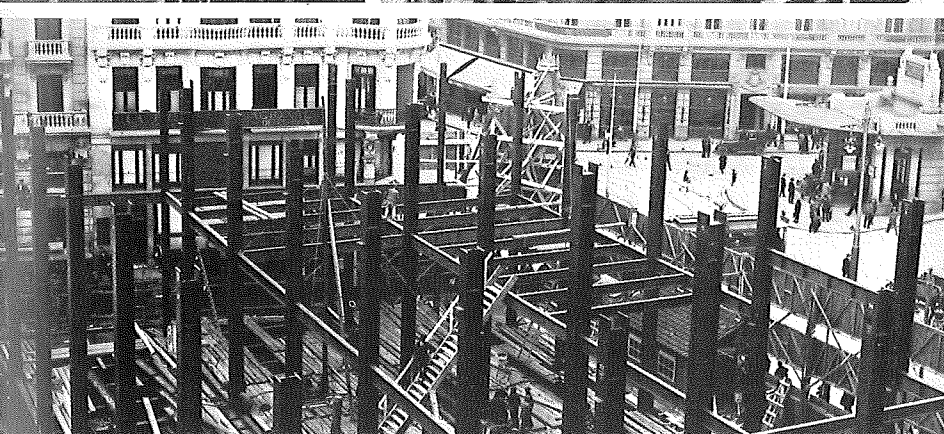
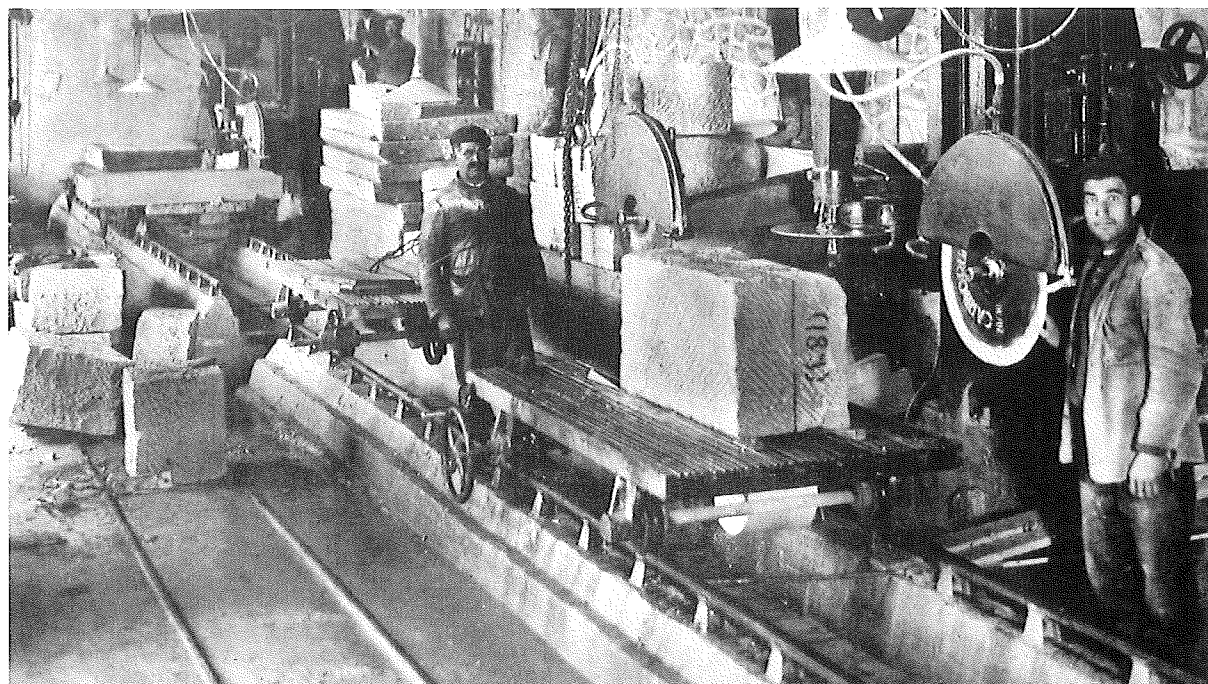
## EL PROCESO CONSTRUCTIVO

Si bien y contra toda costumbre no se festejó el comienzo de las obras ni tampoco su terminación, el edificio de la Telefónica unió su efemérides inicial a la significativa fecha del 12 de octubre de 1926, y la terminación, a su vez, se hizo coincidir con el comienzo de un nuevo año, el 1 de enero de 1930. Pero si se tiene en cuenta que lo que se iniciaba en octubre de 1926 era la excavación del solar y que al comenzar el año 1930 el edificio llevaba prácticamente algún tiempo terminado, a falta de detalles en el interior, resultará que fueron algo menos de tres años los que se emplearon para levantar este gigante de acero revestido de piedra, lo cual suponía un récord en la historia de la ciudad, convirtiéndose su construcción en un espectáculo en sí mismo análogo al que en su día fue, por ejemplo, la construcción de la estación de Atocha, donde también una nueva tecnología y grúas como jamás se habían visto en









Madrid pusieron en pie un esqueleto metálico en un tiempo muy breve que representaba el inicio de una nueva etapa en la historia de la construcción. Debemos añadir además que si bien el edificio no se inauguró de un modo oficial, sí que paradójicamente se produjeron inauguraciones oficiales de determinados servicios en su interior, mucho antes de que el edificio como tal estuviese acabado. Por referirnos a las más sobresalientes, recordaremos que en octubre y noviembre de 1928 el rey don Alfonso XIII inauguró el servicio telefónico entre Madrid y Norteamérica y Madrid y Cuba, respectivamente. A tal fin se dispuso en la planta tercera un amplio salón interiormente revestido con tapices de la Real Fábrica, contando con la presencia del Rey, que habló en la primera ocasión con el presidente de los Estados Unidos, Mr. Calvin Coolidge, y en la segunda, con el presidente de la República de Cuba, el general Gerardo Machado. Con este motivo asistieron a ambos actos, además del Rey, el presidente del Consejo de Ministros, general Primo de Rivera; el vicepresidente del mismo, general Martínez Anido; el obispo de Madrid-Alcalá, monseñor Eijo y Garay; los embajadores de los respectivos países; el presidente de la C.T.N.E., señor marqués de Urquijo; el vicepresidente de la I.T.T. Corporation, Mr. Hermand Behn y un largo etcétera que, con estos motivos, visitaron las obras, recorrieron el edificio y de alguna manera apadrinaron una obra singular y modélica en tantos aspectos. De ello son buen testimonio las fotografías en que aparece Alfonso XIII contemplando Madrid desde el «observatorio» de la Telefónica.

Pero retrocedamos a 1926, año en que como se ha dicho comenzaron las obras, si bien no fueron las del actual edificio de la Telefónica las primeras en abrirse, sino las del desaparecido edificio provisional para el que Cárdenas había preparado un proyecto<sup>9</sup> en octubre de 1925. Se trataba en realidad de un pequeño pabellón de dos plantas, con entrada desde la calle de Fuencarral, que serviría de central automática en tanto se levantaba el edificio actual. De este modo mientras

se atendían las primeras tareas de desmonte general del solar, ya se había finalizado en 1926 este edificio provisional que impediría la completa realización del magno proyecto hasta los años cincuenta como luego se dirá. Aquel edificio provisional contaba con una grata y racionalista fachada, muy propia del gusto más personal de Cárdenas, aquel que el propio arquitecto definía como «cubista» en una línea análoga a la funcional y moderna fachada de la central de Pamplona.

Bajo la mirada de aquel adelantado que permitía la telefonía automática comenzase el gran proceso constructivo por el simple pero capital hecho de colocar una valla publicitaria en la que K. McKim, director de publicidad de la compañía, centró todos sus esfuerzos: «El lugar más céntrico de Madrid es el de la Gran Vía y Fuencarral, enfrente del Metro, donde han de estar las futuras oficinas directivas de la Compañía Telefónica Nacional de España y la principal central automática. Rodeando el solar ha habido varios años una valla muy alta y muy fea, dedicada a anuncios de todas clases. La compañía, después de adquirida la propiedad del solar, ha reconstruido la valla, destinándola a bonitos y atractivos anuncios de nuestros propios avisos al *paseante de la calle*. Esta valla hubiera representado una renta considerable si hubiese seguido siendo lugar del anuncio comercial en general; pero la compañía, en cuanto a esta valla y a todas las que cierran solares de nuestros futuros edificios, ha adoptado la resolución de emplear tales espacios solamente para nuestro propio anuncio. La teoría es ésta: si la valle vale tanto dinero como medio de anunciar a otras personas, tanto o más nos vale a nosotros anunciar el propósito al cual va a ser dedicada la propiedad»<sup>10</sup>. Aunque hoy nos pueda parecer ingenua tal teoría y el énfasis puesto en la valla, sin duda representó ésta una novedad importante pues, frente a los viejos anuncios comerciales pintados sobre telas, surgía una elocuente propaganda sobre grandes paneles de madera, anunciando el futuro edificio de once y luego trece plantas, la amplitud de la nueva central capaz de atender 40.000 líneas, poblaciones españolas

con las que Madrid quedaría conectada a través del equipo automático, mapas de España, diseños de los aparatos telefónicos e incluso una reproducción del proyecto de Cárdenas. Los contenidos de estos mensajes fueron variando a lo largo de la construcción de tal modo que dicha valla publicitaria tenía informado al «paseante de la calle» de los últimos pormenores del progreso de la compañía. El público se fue acostumbrando, en efecto, a leer en la valla todos estos detalles y de alguna manera el interés por mantener su atención hizo convertir la planta baja del actual edificio que da a la Gran Vía en un amplio escaparate abierto a la calle tal y como hoy podemos ver.

Los trabajos de desmonte se iniciaron en octubre de 1926 durando todo aquel año e invierno subsiguiente: «Hubo que vaciar miles de metros cúbicos de tierra, replantar cuidadosamente las líneas de fachada y los pies derechos, trabajos éstos de gran precisión. En la fachada de Fuencarral fue preciso hacer varios pozos, algunos de veinte metros de profundidad desde la cota de la calle, quedando su nivel inferior más bajo que el túnel del Metro. Tanto estos pozos como los muros de cimentación y las zapatas o bases para soportar el peso de las columnas se rellenaron de hormigón muy rico en cemento. Sin accidente alguno, por fortuna, se remató esta parte de la obra, la más peligrosa»<sup>11</sup>. En noviembre se daba por finalizado el vaciado del solar, llegando los primeros materiales, entre los que destaca la pequeña hormigonera que sirvió para fijar y hormigonar las zapatas y los muros de contención. En la primavera de 1927 ya habían llegado las primeras columnas y vigas contratadas con la madrileña Sociedad Comercial de Hierros en colaboración con Altos Hornos de Vizcaya. Sobre aquellas columnas de acero, también llamadas pilares y pies derechos, se tendieron en horizontal las vigas igualmente metálicas de la planta sótano, todo ello con rudimentarios procedimientos, ya que la obra no contaba con grúas. En mayo de 1927 el público «paseante» podía ver por encima de la valla publicitaria la estructura del vestíbulo general con sus once metros de altura.

Por entonces se había comenzado a labrar la piedra de revestimiento de las fachadas, montándose un imponente taller con varias decenas de operarios, entre el Paseo de los Ochos Hilos —hoy prolongación de la calle de Toledo— y el Paseo Imperial, a donde llegaba la piedra en ferrocarril. Hubo igualmente que instalar máquinas especiales para cortar y labrar piedra, si bien la obra fina de molduración se hizo siempre a mano, dejando algunos detalles, más propios de escultor que de cantero, para rematar una vez puesta la piedra en obra.

A finales de mayo o principios de junio llegaron tres potentes grúas que, lógicamente imprimieron una velocidad muy considerable al montaje de la estructura, de tal modo que el 15 de junio de 1927 se alcanzaba la tercera planta y dos meses después se ponían los pies derechos del sexto piso, esto sin desatender el hormigonado de las plantas inferiores que en agosto iba por la segunda planta. Todo este ritmo de obra había aconsejado, por seguridad para los viandantes, proteger el paso por la acera de la Gran Vía, Fuencarral y Valverde, con «un puente de madera», sobre el que además se instaló una pequeña oficina de obra, «sistema éste, el de los puentes, usado hoy en día con gran éxito en las principales ciudades del extranjero»<sup>12</sup>.

En septiembre el edificio alcanzó la planta octava, esto es, empezando a asomar por encima de los edificios inmediatos de la Gran Vía, si bien todavía a lo lejos el Palacio de la Prensa se erguía orgulloso dominando esta sección de la Gran Vía. Ello sería por poco tiempo puesto que, al finalizar octubre, la estructura metálica estaba prácticamente terminada. El censo de edificios de la compañía señalaba, al cerrar el año de 1927, que el edificio de la Gran Vía había ejecutado un veinticinco por ciento del total de su obra.

El año 1928 se dedicó en sus primeros meses a hormigonar las últimas plantas, pasando a continuación a la colocación de la piedra en sus tres fachadas, trabajo éste que llevaría mucho tiempo, por la ingente labor del transporte de la piedra, labrado y posterior colo-

cación en el edificio, tarea sin duda delicada y de excelente ejecución. Entre tanto se fue acondicionando el interior con una actividad febril, de auténtica colmena, en la que se dieron cita cuantos oficios existen relacionados con la arquitectura y construcción, perfectamente dirigidos por Ignacio de Cárdenas, que permitieron, en marzo de 1929 y tras retirar el colosal andamiaje que cubría las fachadas del edificio, ofrecer a la ciudad aquel tributo edilicio que hacía tan sólo tres años era un simple modelo de madera y escayola pintada, y que muy pronto albergaría a unas 1.800 personas fijas.

El 14 de julio de 1929 entraba en funcionamiento la central de Gran Vía, con sus nuevos y todavía vigentes equipos Rotary, en una sencilla ceremonia que sólo reunió a técnicos y trabajadores de la compañía que tenía entonces como director general a don Esteban Terradas<sup>13</sup>. Puede decirse que desde entonces el edificio asumió la función para la que fue concebido, si bien aún debían faltar algunos detalles por los que la Telefónica no se consideró terminada hasta el día 1 de enero de 1930, como se le indicó incluir al pintor Hipólito Hidalgo de Caviedes en el mural que, en el patio de cristales —hoy recepción principal—, reproduce un mapa de España en el que se señala la distribución geográfica del teléfono automático hasta aquella fecha.

## LA DESCRIPCIÓN DEL EDIFICIO POR IGNACIO DE CÁRDENAS

Nos ha parecido oportuno reproducir a continuación la descripción que de su obra hizo Cárdenas en los días mismos de su construcción, ya que en ella se recogen aspectos complementarios de interés que pueden añadirse a lo anteriormente expuesto<sup>14</sup>:

«Para el estudio de las fachadas del nuevo edificio que esta compañía ha comenzado a construir en la Avenida de Pi y Margall, hubo que tener en cuenta muchos y complejos problemas, no despreciable ninguno de ellos.

Dado el carácter esencialmente español que por sus servicios tiene la compañía, hemos tratado las fachadas en estilo barroco, tan madrileño y tan español.

Indudablemente, es el barroco un estilo de amplias posibilidades modernas, y en su tratamiento admite las innovaciones últimas, adaptándose maravillosamente a un edificio marco de la utilidad indudable de los servicios que encierra.

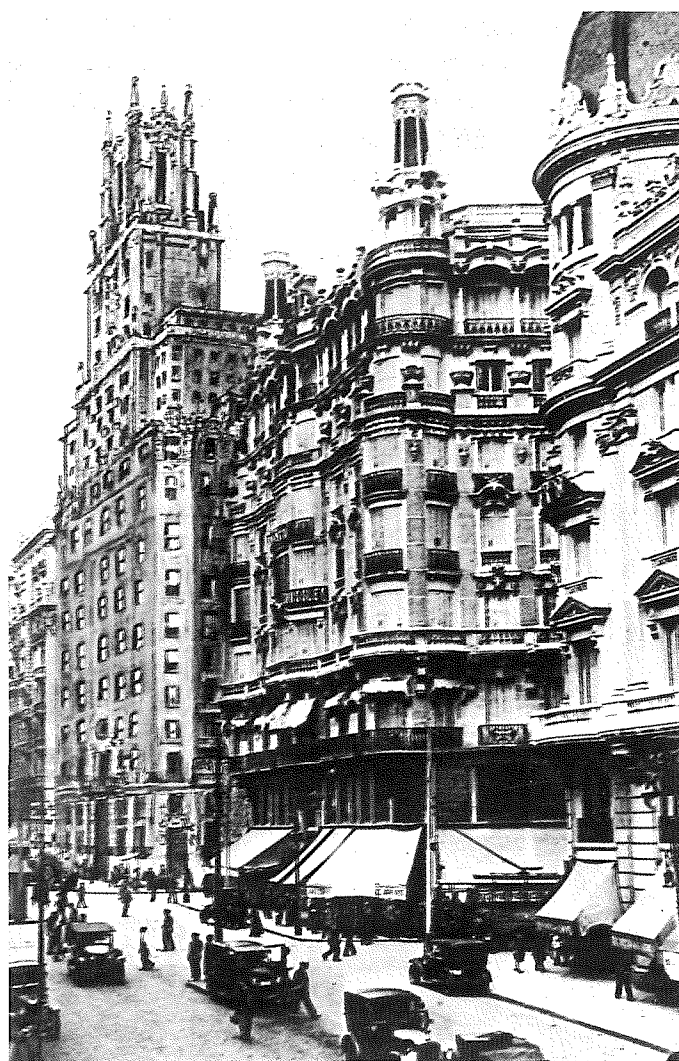
Tan menospreciado en tiempos pasados, más por incompreensión que por incultura (aunque una sea consecuencia de la otra), cada día va siendo más estimado de propios y extraños, pues si aquí se han levantado edificios últimamente, en que sus meritísimos arquitectos creadores acertaron plenamente y marcaron un buen camino a seguir, en diversos países y muy especialmente en los Estados Unidos este estilo es tratado con singular cariño, habiéndose llegado en multitud de casos a crear obras que a los mismos españoles nos entusiasman.

El emplazamiento del edificio requiere, por ser un punto de gran circulación, un carácter muy ciudadano, con el empaque señorial del que quiere y puede hacer ostentación de su riqueza y de su importancia.

Y siendo lógico acusar en fachadas los servicios interiores, en ellas se marcan tres zonas en sentido horizontal que expresan: la primera, la más baja, los servicios en que tiene el público franca entrada y utilización constante (gran riqueza decorativa). La segunda, intermedia, en que funcionará la maravilla mecánica del teléfono automático (de gran sobriedad y sencillez), y la tercera, y más elevada, con cuerpos salientes y terrazas y de aspecto alegre y grato, en que miles de hombres ocuparán sus puestos en las oficinas, siendo también en ellas alegre y grato el trabajo.

La construcción de un edificio de gran número de pisos es consecuencia siempre (lo debe de ser) del factor económico.





En pág. 37, fotomontaje realizado con dibujos de Cárdenas estudiando la implantación urbana del edificio en la etapa previa a su construcción.



La Compañía Telefónica, para alojar debidamente sus necesidades, a pesar de contar el solar con una superficie de 2.280,60 metros cuadrados, necesita construir dos sótanos, planta baja y trece pisos más.

El solar tiene tres líneas de fachadas. La de la calle Fuencarral mide 36,29 metros; 47,06 metros, la de la Avenida Pi y Margall, y 52,86, la de la calle Valverde.

En principio se edificará solamente una parte del solar, ocupado el resto en la actualidad por la Central Telefónica Provisional. Cuando el equipo telefónico pueda instalarse en el nuevo edificio, se derribará aquél, y éste se prolongará definitivamente.

Comenzó el vaciado el día 12 de octubre de 1926, concluyéndose la cimentación el día 25 de febrero de 1927. La cimentación se hizo por zapatas aisladas de hormigón armado, muros de fachada también en hormigón armado y en la calle de Fuencarral una serie de pozos de hormigón en masa, alguno de veinte metros de profundidad, estudiados de modo que las cargas llegasen al terreno a un nivel inferior a la bóveda del "metro". La estructura metálica, calculada de acuerdo con las normas obligatorias en Nueva York, fue adjudicada en concurso el día 28 de octubre de 1926; llegando las vigas laminadas del doble emparillado que sirvió de base a los soportes, sobre las zapatas, el día 5 de febrero de 1927. Con un puente provisional de madera se bajaron los primeros pies derechos, algunos de 5.000 kilos de peso. El primer pie derecho llegó a la obra el día 18 de marzo de 1927, recibándose provisionalmente la estructura el 1 de noviembre de 1927. Dado el volumen de hierro, más de 3.000 toneladas, puede considerarse como un "récord" en España en esta clase de construcciones. El sistema general en hierro está completado con losas de hormigón armado y recubrimiento de todos los elementos metálicos con hormigón, a fin de aislar aquéllos de los efectos del fuego. En el encofrado se empleó el sistema moderno de colgarlo de la estructura, suprimiendo los puntales, que tanto estorban. Comenzó esta parte de la obra el 4 de junio de 1927, quedando terminada

a fin de enero de 1928. Todas las fachadas del edificio van a ir con cantería en los paramentos exteriores. Granito hasta la segunda planta y arenisca "Bateig" de Monóvar, hasta la coronación. Adjudicado el concurso el día 22 de marzo de 1927, tuvieron los constructores que habilitar un taller exprofeso para esta obra, construir máquinas, sierras y pulidoras, instalación de aire comprimido, etc. Ha sido grande la labor de estudio, dando todos los detalles acotados en breve espacio de tiempo, y organizado ya el trabajo confío en que en octubre de este año terminará la piedra y con ella la obra. Mientras se hacían las losas de pisos ha ido montándose la red eléctrica, toda ella por tubos de acero especial. La calefacción y el saneamiento están también en marcha. Las medianerías en ladrillo blanco están a punto de concluir. Todas las ventanas del edificio, metálicas y del tipo "guillotina" con contrapesos, están a pie de obra. Van adelantados los estudios de decoración interior y contratados en el extranjero los ascensores y el montacargas. También están contratadas: la cristalería (lunas en todas las fachadas). La carpintería en puertas interiores, todas de roble Maya, y los pavimentos de mármol en pasillos y vestíbulos. Todos estos contratos se han adjudicado por concurso, invitando la compañía a las casas más acreditadas en cada especialidad. Los contratos y pliegos de condiciones están redactados de un modo claro y que evita posibles discusiones. Se imponen multas de consideración por demoras en la terminación de la obra, pero en cambio ofrecemos premios de igual cuantía por el adelanto. Para evitar discusiones entre las diferentes contratas, semanalmente reúno a todos los contratistas, obteniendo inmejorables resultados. La altura total del edificio, de acera a pináculos de la torre, es de 89,30 metros. La distribución es la siguiente: en subsótano: calefacción, carbonera, duchas de fogoneros, bombas de agua, ventilación, electricidad, imprenta y almacenes. En sótano: calefacción (tiene dos alturas), servicios sanitarios, entrada de cables telefónicos subterráneos, cajas fuertes para metálico y valores, laboratorios de ensayo de materiales, repartidores de telefonemas y

almacenes diversos. En planta baja: con entrada por la Gran Vía, gran vestíbulo público con oficinas de contratos, reclamaciones, cobros y pagos. Un gran patio cubierto con vidriera da paso al vestíbulo de ascensores, donde por el momento habrá cuatro (capaces cada uno para dieciséis personas, y de gran velocidad y seguridad). A este vestíbulo se ingresa también por una puerta desde la calle de Valverde. En la esquina de la Gran Vía y Fuencarral, con entrada directa, estará la sala de conferencias interurbanas y telefonemas. Hay otra entrada en la calle de Fuencarral a un vestíbulo y ascensor privado para directores. El resto de la planta, para oficinas. En planta primera: oficinas y servicios médicos (salas de espera, reconocimiento, curas y enfermería). Las plantas segunda y tercera se destinan a la instalación del equipo telefónico automático. Las cuarta y quinta, a las líneas interurbanas, oficinas y sala de descanso, comedor, guardarropas y dormitorios de señoritas operadoras. Las restantes plantas, hasta la décimo segunda inclusive, alojarán todas las oficinas de la compañía. La planta novena se destina a la Dirección, Sala de Consejo, etc. En la planta décimo tercera habrá un gran salón para conferencias de carácter cultural, fiestas de empleados, etc., biblioteca y oficinas de la Asociación de Empleados y Obreros de la compañía. En la azotea, en pabellones aislados, se montarán los motores para ascensores y en la torre (a esta altura), tal vez más oficinas, estudios. En una planta superior de la torre, habrá una galería para el público, desde la cual se divisa un panorama espléndido. Más arriba, habrá un depósito de agua con capacidad para 40.000 litros aproximadamente y aún podrán los intrépidos visitantes subir más, hasta la plataforma superior de la torre. La circulación se asegura íntegramente por los ascensores, pero hay dos escaleras de servicio, una de ellos, especial para casos de fuego. La decoración se limitará a los locales públicos y de Dirección; en el resto serán las oficinas en plan de extrema sencillez y claridad...»<sup>15</sup>

Sobre el destino de las plantas cabe añadir por último que, en efecto, la planta noble del edificio corres-

ponde al piso noveno, no acusándose al exterior ningún elemento especial que haga referencia a dicha jerarquía. Es más, el gran balcón volado sobre la entrada principal, en esa combinación tan característicamente madrileña, no corresponde con ningún salón ni pieza representativa, sino con una de las plantas que albergan los equipos. Así como el resto de las plantas tienen una semejanza absoluta entre sí, especialmente aquéllas dedicadas a oficinas, donde tan sólo varía el número impreso sobre el vidrio de la puerta de entrada a cada dependencia, siendo éste el rasgo más neoyorquino de todo el edificio, por el contrario, en la planta novena se nos ofrece una imagen radicalmente distinta que enlaza con la que ostenta el vestíbulo general en la planta baja. En efecto, los pisos y zócalos marmóreos, los techos, hierros y todo cuanto nos acompaña desde el vestíbulo de ascensores, los generales y el privado, hasta la habitación 918 que corresponde a la del presidente de la compañía, pasando por la Sala del Consejo, todo, repetimos, ha sido tratado con un cuidado exquisito desde el punto de vista material y de acuerdo con lo que en su momento se juzgó como óptimo desde el punto de vista estético. Los despachos del presidente, el de recibo y el de trabajo, tienen sus paredes revestidas de maderas finas como cedro, arrimaderos de nogal, combinaciones de roble y ébano, etc., lo cual unido a las embocaduras de las puertas de paso, ejecutadas en mármol, con motivos labrados y composiciones en taracea de ricos mármoles policromos, mantiene hasta el final la paradójica dicotomía riqueza-funcionalismo, en el difícil empeño de dar a un edificio de carácter industrial la nobleza prestada de la arquitectura tradicional.

Es de justicia hacer constar que en el buen efecto final de aquel montaje decorativo fue decisiva la intervención de tres hombres de singular competencia en estos menesteres como fueron Sordellí, Fino y Vidal. A Emilio Sordellí se debe cuanto se hizo de mármol, destacando las magníficas embocaduras de puertas con finísimas combinaciones de mármoles rojos de Alican-



En pág. 40, detalle de estructura provisional de montaje y apeo durante la construcción.  
En pág. 43, la Telefónica bombardeada durante la Guerra Civil.

te y verde mar de Italia. A su vez toda la decoración en yeso y escayola, en especial la del vestíbulo general, la del patio de cristales, Sala del Consejo, vestíbulo de ascensores de la planta novena, y sala de la planta décimo tercera, donde se pensó inicialmente instalar un museo del teléfono, todo ello fue obra de Enrique Fino, quien había intervenido además en la decoración interior de la Telefónica de Barcelona. Por último, destacaremos el nombre de José Vidal, en sus talleres se hizo la cerrajería artística del edificio <sup>16</sup>.

## LA GUERRA CIVIL, LA «AMPLIACIÓN» DE LOS AÑOS CINCUENTA Y OTRAS VICISITUDES

La primera y decisiva prueba que hubo de afrontar el edificio de la Telefónica fue el bombardeo sufrido por Madrid durante la Guerra Civil. A nadie se le ocultaba que este auténtico nudo de comunicaciones era de vital importancia, por lo que se convirtió en un punto estratégico de primer orden que las tropas franquistas intentaron abatir: «La Gran Vía, la ancha calle en la que está la Telefónica, conducía al frente en línea recta, y el frente se aproximaba. Los oíamos. Estábamos esperando oírlo de un momento a otro bajo nuestras ventanas, con sus tiros secos, su tableteo de máquinas, su rasgar de granadas de mano, las cadenas de las orugas de sus tanques tintineando en las piedras. Asaltarían la Telefónica. Para nosotros no había escape. Era una ratonera inmensa y nos cazarían como a ratas». Así se expresaba Arturo Barea, testigo excepcional del asedio de Madrid desde su observatorio en las dependencias de la Telefónica donde atendía especialmente la censura de los despachos de los periodistas extranjeros acreditados en Madrid. En efecto, en *La forja de un rebelde* <sup>17</sup> Barea narra, entre otras cosas, las vicisitudes de aquel sitio a la ciudad, que comenzó en la noche del 7 de noviembre de 1936, pero vistas no desde la calle, sino desde la atalaya más destacada de la ciudad: «Los aeroplanos estaban trazando círculos sobre nosotros y el sonido se aproximaba más y más. Descendían, bajo y delibera-

damente, trazando un espiral alrededor del rascacielos que era el edificio... Seguíamos escuchando el ruido de los motores girando sobre nosotros, inexorable. Aparte de esto había un silencio profundo. Las ordenanzas debían haberse ido al refugio de los sótanos; todo el mundo debía haberse ido al refugio. ¿Qué hacíamos allí nosotros, escuchando y esperando? La explosión me levantó al menos dos centímetros sobre el colchón. Por un momento quedé suspendido en el aire. Las cortinas negras de las ventanas ondearon furiosas hacia el interior de la habitación y dejaron caer de entre sus pliegues una cascada de vidrios rotos... De la calle subía una algarabía de gritos y cristales rotos... Entró uno de los corresponsales de las agencias con el primer despacho sobre el bombardeo. Comunicaba en él que una casa de la calle de Hortaleza, a veinte metros de la Telefónica, había quedado totalmente destruida... Me fui con el periodista al piso doce, para ver los fuegos verdosos que rodeaban la Telefónica» <sup>18</sup>. Allí pudo observar Barea que «la Telefónica había sido tocada por más de ciento veinte granadas, y aunque dentro de sus paredes no había caído ni una sola víctima en todo este tiempo, los periodistas y censores teníamos el presentimiento de un desastre inevitable» <sup>19</sup>. Ello aconsejó trasladar este gabinete al Ministerio de Estado, hoy de Asuntos Exteriores, y un «día después de haber dejado definitivamente la Telefónica, un obús penetró por una de las ventanas de la desierta oficina y explotó sobre la mesa central» <sup>20</sup>. Ya para entonces «los pisos encima del piso octavo estaban abandonados. El ascensor, cuando subía al piso trece, lo hacía generalmente vacío; allí no había nadie más que unos pocos artilleros que mantenían un puesto de observación... Un obús había atravesado dos pisos, y el agujero era el brocal de un pozo hondo, de paredes erizadas de varillas retorcidas y rotas, que colgaban paralíticas» <sup>21</sup>. Todo ello es rigurosamente comprobable en el testimonio gráfico de Ignacio de Cárdenas, quien, como capitán que se niega a abandonar su barco, aguantó junto a su edificio «la lluvia de cañonazos que no

consiguieron destrozarle del todo, adquiriendo entre los madrileños una bien fundada popularidad»<sup>22</sup>. En efecto, Cárdenas, con un celo y temple ejemplar fue anotando en un plano de las fachadas principal y de Valverde, ésta la más dañada por mirar desafiante hacia el frente, todos los impactos que dañaron nada más que la piel del coloso, sin que jamás se resintiera la estructura. En sus sótanos encontraron refugio los madrileños, en los pisos segundo y tercero no dejaron de funcionar los equipos, al tiempo que los ascensores continuaron su servicio llegando hasta los pisos más altos: «Desde allí se dejaba uno caer en Madrid como una piedra entre las paredes del hueco del ascensor, que se estrechaban rápidas sobre uno, envuelto en el encierro de las puertas metálicas, en el olor de la grasa, de metal caliente y de pintura al duco»<sup>23</sup>.

Sin duda fue la Guerra Civil la que impidió llevar adelante la terminación del edificio, tal y como hoy lo vemos pues, según se apuntó anteriormente, la existencia de un primer edificio provisional, con fachada a Fuencarral, no permitía ejecutar totalmente el proyecto. Terminada la guerra y exiliado Ignacio de Cárdenas en París, se atendieron los daños sufridos en la contienda, hasta que ya entrados los cincuenta se decidió acometer la llamada impropriadamente «ampliación». Ésta corrió a cargo de otros arquitectos, ya que Cárdenas no pudo reincorporarse a la compañía por su compromiso como empleado de la Telefónica con el gobierno de la República. No obstante aquella ampliación, que no era sino la consecución del proyecto inicial una vez derribada la central provisional que en ulteriores años albergó la Escuela de Instrucción de la Compañía, se ajustaba en su totalidad al proyecto básico de Cárdenas, tanto en su fachada como en su distribución interior. Ello era lógico, pues vestíbulos, pasillos, oficinas y demás dependencias debían coincidir en un cien por cien con la distribución del edificio nodriza. La estructura misma está concebida de igual forma, de tal modo que aunque los planos de la misma están fechados en agosto de 1951 y firmados por F. del Amo, no es sino

el remate del edificio con un proyecto de Cárdenas que tenía ya más de un cuarto de siglo. La obra se puede dar por concluida en 1955, año en que se hizo la escritura de declaración de obra nueva<sup>24</sup>.

La ampliación añadía una superficie edificada de 571 metros con 48 decímetros cuadrados, ocupando no sólo el solar de la antigua Escuela, sino también parte de uno de los patios posteriores del edificio «viejo». Como éste, contaba también con un subsótano, sótano, planta baja y un total de trece pisos más sobre aquélla, llegando su altura hasta igualar el volumen principal del edificio excepto el torreón de la fachada a Gran Vía. El uso de sus distintas plantas venía a coincidir con el que tenían sus homólogos en el edificio «grande», esto es, las plantas sótano y subótano se destinaron a servicios generales, la baja y principal a servicios del Departamento Comercial, la segunda, tercera y cuarta plantas a la ampliación de los equipos automáticos, la quinta para ampliar los servicios interurbanos y el resto hasta la planta trece para ampliación de oficinas y otros servicios. En cuanto a la fachada, materiales y diseño, en nada se apartaron de lo ejecutado anteriormente, de tal modo que de no saberlo hoy nadie advertiría este añadido tardío.

Quedan por reseñar otros aspectos complementarios que forman parte de lo que podríamos llamar la fortuna crítica del edificio, el cual desde los días mismos de su construcción encontró siempre un gran número de problemas. Algunos de ellos, los primeros, de tipo ordenancista, ya que la Telefónica no sólo excedía de cuanto se había hecho en Madrid hasta entonces, sino que la propia concepción del edificio, como latino remedo del rascacielos americano, obedecía a tipologías y conceptos no contemplados en las ordenanzas municipales. Así, ante la negativa del arquitecto López Sallaberry, como facultativo que debía velar por el cumplimiento no sólo de la ordenanza general, sino de la que específicamente se aprobó en 1909 para la Gran Vía, la Telefónica recurrió primero ante el Ayuntamiento y luego ante el propio ministro de Gobernación. La compañía argumentaba,







en favor de la excepción del cumplimiento de determinadas normas, lo siguiente: «1.º El edificio proyectado tiene carácter monumental y artístico, y ha de contribuir por ello al embellecimiento de la capital... 2.º Está destinado a un servicio público, de cuyos beneficios es partícipe el Estado con arreglo al R.D. de concesión de 25 de agosto de 1924... 3.º La expresada obra está declarada de utilidad pública, como todas las que realiza la compañía...»<sup>25</sup>. Ésta hacía ver asimismo que el Ayuntamiento había concedido licencia a edificios como el Palacio de la Prensa y Círculo de Bellas Artes, alturas, que, sin embargo, no llegaban a la alcanzada por la Telefónica, como hizo ver López Sallaberry, quien además señalaba que la superficie destinada a patios era también inferior a lo establecido en las ordenanzas municipales. Era, en suma, el choque frontal de un modelo americano contra una ordenanza media europea. Ello se produce además cuando nuestras revistas ilustradas, y sea *La Esfera* o *Blanco y Negro*, publicaban noticias sobre «Las modernas y gigantescas construcciones de Norteamérica»<sup>26</sup>, o bien se daba cumplida cuenta de la exposición en Madrid de las litografías de Vernon Howe Bailey sobre los rascacielos neoyorquinos<sup>27</sup>. Al final los argumentos de la Telefónica acabaron imponiéndose y se le concedió la oportuna licencia. No por ello cesaron las críticas, de tal modo que en 1927, y estando prácticamente terminada la estructura metálica, Eduardo Gallego escribía: «No se concibe cómo el Ayuntamiento de Madrid, saltando por las ordenanzas municipales y por los preceptos higiénicos más elementales, ha permitido la construcción del inmueble de tan considerable altura, que priva de la benéfica influencia de los rayos solares a cuantos edificios le rodean y los de enfrente, así como a una parte de la vía, produciendo además deplorable efecto estético por su desproporción con todos los inmediatos, aun teniendo estos siete y ocho plantas»<sup>28</sup>.

El juicio de Gallego sobre el «deplorable efecto estético» de la Telefónica se pone en relación con los edificios inmediatos pero no sobre la Telefónica en sí,

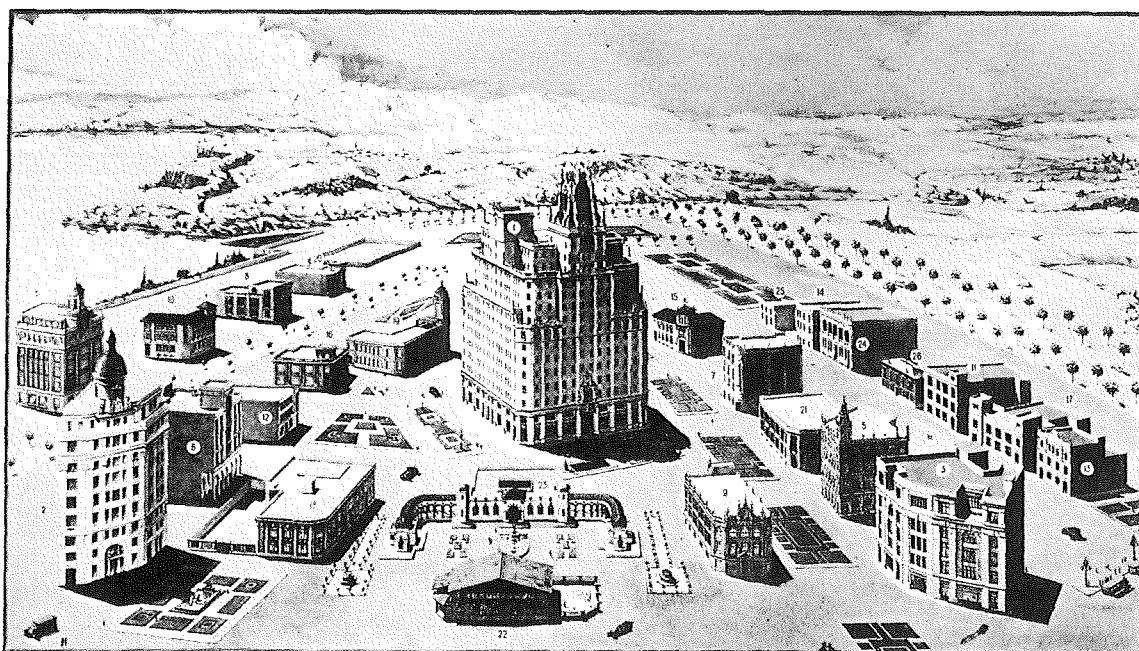
ante la cual la crítica ha sido muy parca por no decir que ha ignorado en general este edificio. Para unos era un cuartel vertical, otros veían en cambio el monasterio de El Escorial en pie, juicios ambos que lejos de estigmatizar al edificio en cuestión, señalan la disciplina y rigor del proyecto, como dos premisas deseables en una arquitectura que, globalmente, está más allá del problema del estilo, como se ha dicho en anteriores ocasiones.

Es más que probable que el ignorar la Telefónica por parte de quienes han escrito sobre nuestra arquitectura de los años veinte, se deba en parte a la suspicacia que desde muy pronto se produjo en relación con la autoría del proyecto. A mi juicio y por lo arriba expuesto, queda suficientemente clara la responsabilidad que en él tuvo Cárdenas y la participación que cabe atribuir a Weeks. Pero me interesa destacar ahora que con motivo de la interpelación que sobre el funcionamiento de la Telefónica se produjo en la Asamblea Nacional, en marzo de 1929, el interpelante señor Ayats afirmaba, entre otras muchas cosas, que prácticamente todos los materiales habían venido del extranjero: «Hasta persianas y cerraduras. Los planos de las edificaciones han sido firmados por arquitectos españoles, pero son obra de arquitectos extranjeros...»<sup>29</sup> Ello produjo una inmediata carta de protesta que publicó *ABC* (22 de marzo de 1929) y que decía: «Los arquitectos de la Compañía Telefónica Nacional de España, don Ignacio de Cárdenas, don José María de la Vega, don Luis Clavero y don Paulino J. Gayo... hacen constar que el proyecto de la Central de la Gran Vía de Madrid fue estudiado en Nueva York por el señor Cárdenas, en unión del arquitecto norteamericano míster Weeks, colaboración honrosa que se hizo constar en la revista *Arquitectura* en su número de febrero de 1928, y... que en los demás edificios construidos o en construcción no ha tenido intervención alguna ningún arquitecto extranjero. Los firmantes estiman que el señor Ayats tiene medios suficientes para informarse de todo acudiendo a las sociedades constructoras, obreros, auxi-

liares y aun a ellos mismos, que siempre están dispuesto a responder a su actuación que es todo lo clara que exige la dignidad de un título profesional». No obstante, aquella primera impresión fue la que, por comodidad, asumió la crítica tradicional sin molestarse en ahondar en el complejo proceso que hemos intentado aclarar.

Digamos para terminar que el edificio de la Telefónica fue el edificio más alto de Europa al finalizar el primer tercio de nuestro siglo. Muy poco duró, sin embargo, aquel récord, ya que en julio de 1929 se iniciaba en Amberes, frente a su catedral, un edificio de veintitrés plantas con una altura total de cien metros: «Sin embargo, España debe reclamar la gloria de haber levantado el primer rascacielos europeo; pues el edificio de la Compañía Telefónica es anterior

al de Amberes», como se recogía en el Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos <sup>30</sup>. A su vez, en 1931, *La Journée Industrielle* publicaba una relación de los once rascacielos europeos más altos, entre los cuales figura el edificio de la Compañía Telefónica Nacional de España en Madrid <sup>31</sup>. En aquel ambiente competitivo en el que se valoraban magnitudes y cantidades tales como la altura total del edificio o los cuatro millones de kilos de hierro empleados en la construcción de la Telefónica madrileña <sup>32</sup>, donde los suicidas encontraban una alternativa al viaducto de la calle de Segovia para arrojar al vacío <sup>33</sup>, al tiempo que los alpinistas en sentido inverso utilizaron sus fachadas para ejercitar difíciles escaladas, en aquel ambiente, decimos, surgió «la torre neoyorquina de la Telefónica» <sup>34</sup>, que no pudo escapar al humor de Xaudaró <sup>35</sup>.





<sup>1</sup> Archivo Central de la Administración (Alcalá de Henares). Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Expediente académico personal de I. de Cárdenas y Pastor. Núm. 7551/20.

<sup>2</sup> Ms. de I. de Cárdenas sobre la «Historia del proyecto del edificio de la Compañía Telefónica en la Gran Vía. Madrid». Consta de cinco cuartillas, numeradas del 1 al 5, lo posee y lo hemos consultado gracias a la amabilidad de su hijo I. de Cárdenas.

<sup>3</sup> La Telefónica había arrendado entonces el edificio núm. 5 de la Avenida del Conde de Peñalver, esto es, el llamado primer tramo de la Gran Vía.

<sup>4</sup> *Vid.* nota 10.

<sup>5</sup> Anónimo, «Empiezan las obras del edificio de teléfonos en Madrid», *Revista Telefónica Española*, 1926, núm. 10, pp. 8 y 12.

<sup>6</sup> *Vid.* nota 10.

<sup>7</sup> *Vid.* nota 10.

<sup>8</sup> Departamento de Delineación: «Edificio de Gran Vía. Rollo 3-E.»

<sup>9</sup> Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento de Madrid, sign. 14-495-11: «Expediente promovido por don Gumersindo Rico, como Secretario de la Compañía Telefónica Nacional de España, para construir un edificio provisional con destino a central telefónica automática en el solar 2 de la calle Pi y Margall con vuelta a Fuencarral y Valverde.»

<sup>10</sup> K. McKim, «Para informar al paseante de la calle. Importancia de la buena publicidad», *Revista Telefónica Española*, 1926, núm. 4, pp. 27-34.

<sup>11</sup> I. de Cárdenas, «Estado, en mayo, de las obras del edificio de la compañía en la Gran Vía de Madrid», *Revista Telefónica Española*, 1927, núms. 6-7, pp. 33-38.

<sup>12</sup> Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento de Madrid, sign. 14-495-13: «Expediente promovido por la Compañía Telefónica Nacional de España, solicitando construir un puente de madera entre la Avenida Pi y Margall y calles de Fuencarral y Valverde.»

<sup>13</sup> F. Escribá de Romaní, «El gran adelanto telefónico de Madrid», *Revista Telefónica Española*, 1929, núm. 9, pp. 5-22.

<sup>14</sup> I. de Cárdenas, «El edificio de la Compañía Telefónica Nacional de España en Madrid», *Arquitectura*, 1928, núm. 106, pp. 42-46.

<sup>15</sup> Esta descripción coincide con la breve memoria que, junto al proyecto, se presentó en el Ayuntamiento (Archivo de la Secretaría del Ayunt. de Madrid, sign. 14-495-13), cuyo expediente incluye también brevemente las memorias de calefacción, saneamiento, ascensores OTIS, y otros informes relativos a la altura del edificio, incorporando además una copia de la cédula de habitabilidad concedida en septiembre de 1930,

cuando el edificio llevaba más de un año funcionando a pleno rendimiento.

<sup>16</sup> E. P., «Nuestra arquitectura. El palacio de la Compañía Telefónica», *La Esfera*, 30-III-1929.

<sup>17</sup> A. Barea, *La forja de un rebelde*, ed. Turner, 1977. De las tres partes de que consta esta obra es la tercera, «La llama», la que tiene en buena medida por escenario el edificio de la Telefónica, el cual da incluso nombre al segundo de los capítulos de la segunda parte de «La llama».

<sup>18</sup> Barea, *op. cit.*, pp. 227-228.

<sup>19</sup> Barea, *op. cit.*, p. 305.

<sup>20</sup> Barea, *op. cit.*, p. 305.

<sup>21</sup> Barea, *op. cit.*, p. 236.

<sup>22</sup> *Vid.* nota 10.

<sup>23</sup> Barea, *op. cit.*, p. 237.

<sup>24</sup> «Escritura de obra nueva y constitución de servidumbre por la Compañía Telefónica Nacional de España, ante don Francisco Núñez Lagos, notario del Ilustre Colegio de Madrid.» Año 1955, protocolo núm. 444.

<sup>25</sup> Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento (Madrid), sign. 14-495-13: «Solicitud de licencia de construcción presentada por don Gumersindo Rico González, en nombre y representación de la Compañía Telefónica Nacional de España...» (4-VIII-1926).

<sup>26</sup> «Las modernas y gigantescas construcciones de Norteamérica» (*La Esfera*, 26-XI-1927, p. 21) y «Las impresionantes perspectivas de las modernas ciudades norteamericanas» (*La Esfera*, 30-VI-1928, p. 28).

<sup>27</sup> «Aspectos callejeros de Nueva York City» (*La Esfera*, 2-II-1928, p. 23), «La Vida Breve por un ingenio de esta Corte» (*Blanco y Negro*, 12-II-1928) y A. Méndez Casal, «Las litografías de Vernon Howe Bailey» (*Blanco y Negro*, 26-II-1928).

<sup>28</sup> E. Gallego, «La construcción en España durante el año de 1927», *La Construcción Moderna*, 1928, núm. 1, pp. 1-7.

<sup>29</sup> «Sesión plenaria de la Asamblea Nacional», *ABC*, 21-III-1929, p. 19.

<sup>30</sup> «El primer rascacielo de Europa», *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, 1931, núm. 3, p. 15.

<sup>31</sup> «Una revista de rascacielos de Europa», reproducido por la revista en el año y número citado en la nota anterior.

<sup>32</sup> H. R. de la Peña, «El rascacielo de la Telefónica», *Nuevo Mundo*, 2-I-1929.

<sup>33</sup> L. Blanco, «Observaciones y consideraciones de un suicida fracasado», *ABC*, 13-X-1929.

<sup>34</sup> «La línea curva en lo que fue Red de San Luis», *La Esfera*, 6-XII-1930.

<sup>35</sup> J. Xaudaró, «El cielo de la boca», *ABC*, 28-IV-1927, p. 21.





